



## Cuadernos LIRICO

Revista de la red interuniversitaria de estudios sobre las literaturas rioplatenses contemporáneas en Francia

Hors-série | 2022  
El acontecimiento Chejfec

---

# Intemperie y trayecto

Javier Uriarte

---



### Edición electrónica

URL: <https://journals.openedition.org/lirico/13063>

DOI: 10.4000/lirico.13063

ISSN: 2262-8339

### Editor

Réseau interuniversitaire d'étude des littératures contemporaines du Río de la Plata

### Referencia electrónica

Javier Uriarte, «Intemperie y trayecto», *Cuadernos LIRICO* [En línea], Hors-série | 2022, Publicado el 27 septiembre 2022, consultado el 01 octubre 2022. URL: <http://journals.openedition.org/lirico/13063> ; DOI: <https://doi.org/10.4000/lirico.13063>

---

Este documento fue generado automáticamente el 1 octubre 2022.



Creative Commons - Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional - CC BY-NC-ND 4.0  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

---

# Intemperie y trayecto

Javier Uriarte

---

- 1 Allá por el año 2018, en varias ocasiones Sergio Chejfec y yo nos encontramos casualmente al llegar a nuestro destino; descubríamos que, sin saberlo, habíamos tomado un mismo avión. Pasó a ser una broma que nos hacíamos al encontrarnos, pero ahora se me ocurre leer que en esos encuentros tanto el azar como la experiencia del desplazamiento, claves es su literatura, estaban presentes. Habiendo yo mismo escrito sobre viajes, las formas en que la literatura de Chejfec aborda los trayectos siempre fue uno de los aspectos que más me atrajeron de ella. El otro lo constituye la relación que ese deambular (no se trata en sentido estricto de viajes) va construyendo con el paisaje: los paisajes que se van viendo son también fragmentarios, ruinosos, extraños, a veces tan caprichosos o inexactos o borrosos –he aquí el azar– como las formas de moverse, de mirarlos. Conocí a Sergio Chejfec en 2006 o 2007, en un curso doctoral de Diamela Eltit en New York University. Sergio vino a la clase y conversó con nosotros sobre *El llamado de la especie*, que entonces leí por primera vez. Desde ese momento quise escribir sobre estos temas en sus textos, que son también de algún modo los míos: el viaje, el regreso, el desierto... Vayan estas notas rápidas como forma de estar cerca, de volver a bajar juntos inesperadamente de algún avión.
- 2 No se trata en sus libros (acá tengo en mente *Boca de lobo* y *El llamado de la especie*, pero también aludiré al “El testigo”, incluido en *Modo linterna*) de viajes en avión, por cierto. Tampoco de aquellos recorridos en bicicleta –particularmente intensos en tiempos pandémicos– que transformaron la relación de Sergio y Graciela con Nueva York (acaso las relaciones de todos con nuestras ciudades se vieron transformadas en estos años, y en varios casos las ciudades mismas). *Boca de lobo* y *El llamado de la especie* escenifican con fuerza escenas de caminatas (“caminamos toda una tarde sin hablar. No hace falta decir que caminar era para nosotros una danza obligada” leemos en la primera de ellas) (2009: 57)<sup>1</sup>, pero que son más bien formas del deambular, de un desplazamiento que deja de lado propósitos y recorridos firmes, en una de las tantas manifestaciones que adopta esa literatura dubitativa que coloca la indecisión o la ambigüedad en el centro, como ha dicho Julio Premat leyendo los ensayos del mismo Chejfec. Por eso digo que hablar de viaje acaso no sea lo más apropiado al acercarnos a esta zona de la escritura de Chejfec (aunque la idea sí esté más presente en otros libros). Repensar los momentos

y las connotaciones de la llegada y la salida<sup>2</sup>; habitar el trayecto y olvidar el destino; perderse, desorientarse, olvidar el propósito que explica la partida, desviarse. Son las prácticas espaciales que estos textos ponen de manifiesto.

- 3 Por momentos el movimiento se vuelve invisibilidad, lentitud e incluso inmovilidad (“Ahora me detengo en la inmovilidad”) (1997: 79). Es cuando, sobre el final de *El llamado de la especie* (aquí de manera más clara, pero sin duda en muchos otros lugares), la voz narrativa se refiere al supuesto éxodo de un pueblo entero desde la perspectiva de una lógica nómada: “tuvieron la certeza de que para los nómades verificar el movimiento, incluso realizarlo, era algo secundario” (118). Y, más adelante: “San Carlos estaba allí, se desplazaba, aunque invisible” (119). Es que se trata, de alguna manera, de empezar a leer las fuerzas y las corrientes que hay detrás de los silencios, las ausencias, los vacíos. Sabemos, con Deleuze y Guattari, que la subjetividad nómada es una forma de la resistencia, de la ilegibilidad, pero también una lógica que hace del trayecto el centro de una experiencia del movimiento constante, donde el punto de partida y el de llegada dejan de tener importancia. Eso es central en la idea de espacio liso que se opone a la de espacio estriado, donde los recorridos son fijos, preestablecidos, indicados, pura denotación. Esa elección de caminos alternativos explica a veces la invisibilidad, el movimiento silencioso o imperceptible; ese elogio de la lentitud puede definir en gran medida la estética de Chejfec (y es sin duda otro elemento que me la vuelve cercana).
- 4 Esta práctica deambulatoria no debería leerse separada por completo del espacio recorrido. Tanto en *Boca de lobo* como en *El llamado de la especie* se trata de zonas suburbanas, semipobladas, en el límite entre la ciudad y el campo, pero sin ser la una ni el otro. Así, son espacios precarios, inestables, cambiantes, cercados por el abandono y la ruina, zonas donde la naturaleza y los humanos batallan por dominar los espacios (pero donde la primera parece destinada a acabar venciendo). Tierras baldías, zonas incompletas, espacios indescifrables, que desafían las tecnologías de la mirada, lugares donde el trabajo no logra modificar por entero la naturaleza. En *Boca de lobo*, por ejemplo, leemos: “el trabajo a medias se enfrentaba al crecimiento confiado de la vegetación, el trabajo apresurado retrocedía ante la renovada prolongación de la tierra”.<sup>3</sup> En suma, desiertos.
- 5 Creo que una de las formas en que la literatura contemporánea latinoamericana repiensa y reformula la idea del desierto –tan presente en el siglo XIX, pero también después – es la noción de intemperie. Aquí se conjugan todos estos sentidos que mencionaba antes, pero sobre todo la idea de desprotección, de fragilidad del sujeto ante un Estado que ya no está, que no regula, que se ausenta. Y es también una alusión a la soledad, uno de los temas de estas novelas (al final de *El llamado de la especie* parece haber una forma de acción colectiva, pero allí también la ambigüedad domina). Quizá se trate de un desierto más existencial, ciertamente más individual. En estas intemperies se ven sólo cuerpos frágiles, vulnerables, que de algún modo se identifican con y se hacen parte de estos paisajes que recorren sin rumbo y con incertidumbre. Novelas como *El año del desierto* (2005), de Pedro Mairal, *Amuleto* (1999), de Roberto Bolaño (pero también *2666*), *Zumbido* (2010), de Juan Cárdenas,<sup>4</sup> *La intemperie* (2017), de Gabriela Massuh entre varias otras, vuelven sobre estos imaginarios.<sup>5</sup> Lo cierto es que estos textos de Chejfec son de los primeros en emplear este término para designar estos otros desiertos sociales: “Delia estaba a mi lado, callada, expuesta al descampado. Sentí [...] que la casa era la intemperie infinita y el exterior circundante una parte del todo”

(2009: 51). La intemperie aparece en esta novela cercana a la idea de desamparo, también muy presente, y conectada al espacio del descampado o el baldío, zonas de la indeterminación entre lo rural y lo urbano, entre la naturaleza y el trabajo: “No puede llamarse ciudad el lugar donde uno se pone a caminar y encuentra solamente ruinas maltrechas y tierra abandonada, como tampoco puede llamarse campo ese territorio señalado por la improvisación y la indolencia” (2009: 107). Acá, las ideas de incompletud y de ausencia parecen complicar la caracterización del espacio como urbano, mientras la ausencia de trabajo y de orden parecen hacer lo propio con lo rural (el trabajo es otra clave para pensar la relación entre desplazamiento y paisaje en estos textos, y otra preocupación central de la estética de Chejfec, me parece).<sup>6</sup> Hay una especie de campo semántico que va en una misma dirección en *El llamado de la especie*: “Allí todo estaba realizado a medias” (92), “todo el barrio [...] estaba señalado por la vacilación” (93), y siguen palabras como “incompletud”, “ruinas” (93). Los “trabajos donde a primera vista se advierte la mano del hombre estaban todos [...] truncos, algunos por falta de material y otros por deserción” (93). Pasearse por paisajes abandonados, incompletos, ruinosos –lo no terminado es también una forma de la ruina, se sabe–<sup>7</sup> donde el trabajo deja marcas insuficientes que el verde amenaza con volver a borrar, son recorridos que no dejan de asimilarse a los personajes que los recorren.<sup>8</sup> Lo que quedan acá son preguntas, dudas, desidentificaciones: imaginarios en que los desiertos adoptan las formas de otros vacíos, de otras faltas. O sobras. Es lo que sucede con el desecho, con la basura en *Boca de lobo*, que se vuelve un elemento que atrae la atención, una parada en el trayecto, un objeto que significa y al que vale la pena “contemplar”. El ejercicio de leer la basura se realiza por supuesto en un descampado y acaso la basura sea una sinécdoque del paisaje que la rodea. Pero es también un ejercicio por el cual de la materia se extrae tiempo: “Algunos pensaban que la basura hablaba, que mostraba una verdad oculta mediante mensajes organizados así, como basura, cuyo único destino consistía en ser descifrados. [...] era una labor dirigida a desentrañar el pasado” (1997: 130).

- 6 Interrumpiré estas disquisiciones por acá, el tiempo y el espacio me obligan. Pero termino con otra imagen del trayecto.
- 7 Cada vez que vuelvo a Montevideo mi madre se divierte con mis comentarios –inesperados y sin venir a cuento – referidos a los ómnibus (que así se llaman del lado oriental del río) que cruzan la ciudad. Mientras vamos a visitar a mi tía, por ejemplo, se me ocurre señalar, cual si viera cualquier elemento fijo del paisaje urbano: “mirá, ahí va el 104”. Y, de hecho, los ómnibus son para mí un recuerdo de mi vida montevideana, de mis trayectos urbanos, de los días en que recorría la ciudad entre la facultad, varios liceos, y el Instituto de Profesores. Reconocerlos, comprobar su existencia (¿son efectivamente elementos fijos del paisaje urbano?), lograr subirme alguna vez a uno de ellos, son formas de volver, son formas de estar.<sup>9</sup> Y de eso habla “El testigo”, cuento que Graciela Montaldo leyó en New York cuando varios amigos se reunieron en el Riverside Park a despedir a Sergio. Los trayectos que narra este texto, en parte sobre los “colectivos”, son, esta vez sí, muy urbanos: tienen que ver con ritos, con repeticiones, con formas de establecer vínculos y conexiones secretas, con realizaciones de los encuentros y de la casualidad, con otros mapas alternativos y populares de la ciudad. Pero también este texto tiene que ver con el regreso, con el intento –no siempre exitoso – de reconocer o reconocerse en esos ritos y en esos recorridos. Es también en este sentido que el texto me lleva a acercar a Sergio y a Sylvia Molloy, quien también hizo del regreso –y del desencuentro, y de las confusiones y despistes que el regreso

provoca– una poética: hace ya años, su último curso en NYU fue precisamente sobre “Regresos a casa”. Sylvia también se fue en estos meses. Me imagino que ella habrá sido una lectora entusiasta de “El testigo” (tiene algo en su tono cercano al relato “Homecoming”, de Calvert Casey, que tanto le gustaba a ella, aunque es menos trágico).

- 8 Creo que todo lo que “tengo dicho” en estas páginas tiene que ver con repensar la pertenencia: los trayectos que difuminan, cuestionan o complican identidades, que ponen en escena formas del desamparo pero también formas de la lectura del paisaje y del conocimiento nuevas. Sergio nos ofrece, así, palabras que complican y vuelven vertiginosas (pero es un vértigo siempre lento, nunca una vorágine) y enigmáticas las experiencias del viaje, del regreso, del caminar, del tomarse el “ómnibus”. En fin, un estar en el mundo nada complaciente o fácilmente descifrable, pura indagación, como su prosa misma.

---

## BIBLIOGRAFÍA

Chejfec, Sergio, *El llamado de la especie*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1997.

---, *Boca de lobo*, Buenos Aires, Alfaguara, 2009.

---, “El testigo”, *Modo linterna*, Buenos Aires, Entropía, 2014, p. 35-65.

Deleuze, Gilles y Félix Guattari, *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*, trad. Brian Massumi, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2008.

Premat, Julio, *¿Qué será la vanguardia? Utopías y nostalgias en la literatura contemporánea*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2021.

## NOTAS

1. Y en *El llamado de la especie* los personajes hacen “caminatas diarias de algo más de diez horas” (95).
2. Por ejemplo, “palabras como *salir* o *entrar* poseían en San Carlos un marcado sentido impreciso” (1997: 69).
3. Y en *El llamado de la especie*: “el conjunto no era más que baldío, espacio hueco, terreno vacío a la espera de la mano del hombre” (69).
4. En esta novela de Cárdenas hay una secuencia narrativa importante en la que los personajes caminan cerca de un paisaje industrial –el zumbido de las fábricas es también, quizá o en parte, el del título– y que remite a *El llamado de la especie*, donde los personajes también pasean por “una zona de fábricas llamativamente silenciosas, todas simétricas y construidas una por una con criterios semejantes de formas, proporciones y orientación [...] las fábricas se levantaban como monumentos” (1997: 56). La lectura de esta novela de Cárdenas en diálogo con la de Chejfec me lleva a ver desde otra luz la conversación entre ambos que presencié en New York University en 2018.
5. La lista no termina acá. Entre otros, podría incluirse, ya fuera del ámbito latinoamericano, pero también muy pertinente, la novela *Intemperie* (2013), del español Jesús Carrasco.

6. Cabría preguntarse hasta qué punto no hay en esta estética una cierta preocupación ecológica, básicamente por las formas de relacionamiento entre seres humanos y medio ambiente, sobre las formas en que los humanos modifican –o no– el espacio que los rodea. Es una inquietud que anticipa otras que se harán más presentes –y acaso más explícitas y conectadas de manera más inmediata con el presente– en las décadas posteriores a la publicación de estas novelas.

7. Esto se hace explícito en *Boca de lobo*: “todo lo que se edifica es una promesa de ruina, lo que se acaba de levantar también. Uno vive rodeado de escombros; habitar casas significa ocupar ruinas” (24). La construcción no se diferencia de la destrucción, lo nuevo es ya decrepitud.

8. En *El llamado de la especie*: “hasta que el conjunto del área, la plaza entera, me pareció una depresión, una leve hondonada. Ignoro si esto representaba algo en particular, pero pocas veces sentí tan conjugado el paisaje con mi ánimo” (41).

9. Con mayor incerteza y consecuentemente mayor sentido de la aventura, es también un ejercicio que hago con placer por ciudades me son algo más ajenas, como Buenos Aires, Río de Janeiro o São Paulo. Recorrer las ciudades desde sus ómnibus, y particularmente de noche, me resulta atractivo. Pero se trata de una práctica diferente, donde el instrumento para el éxito no es tanto la memoria o la experiencia pasada que revivimos, sino Google maps, la audacia y la intuición: en estas experiencias la ajenidad y la extrañeza son necesarias; en Montevideo se leen como fracasos o desconciertos.

---

## AUTOR

**JAVIER URIARTE**

Stony Brook University

[javier.uriarte@stonybrook.edu](mailto:javier.uriarte@stonybrook.edu)